



www.loqueleo.com/co

El hermano del lobo

© Del texto: 2022, Edna Iturralde

© De esta edición:

2023, Santillana S. A.

Vía a Nayón y Av. Simón Bolívar

Centro Corporativo Ekopark, torre 5, piso 5

Quito, Ecuador

2024, Distribuidora y Editora Richmond S.A.S

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono +57 60 1 3906950

Bogotá-Colombia

www.loqueleo.com/co

ISBN: 978-628-7672-11-6

Impreso en Colombia

Impreso por Asociación Editorial Buena Semilla

Primera edición en Loqueleo Colombia: junio de 2024

Ilustración de la portada: Paola Karolys y Gabriel Karolys

Dirección de Arte: José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico: Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Dirección editorial: Ximena Godoy

Edición: María Alejandra Roa

Corrección de estilo: Fredy Ordóñez

Diagramación: Alexandra Romero Cortina

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

El hermano del lobo

Edna Iturralde

*A mi mamá,
Edna De Howitt Tinajero,
que amaba a san Francisco.*

El peregrino

9

La tierra seca del camino se levantaba formando pequeñas nubes de polvo al paso del peregrino. Esto no habría sido extraño, de no ser porque sus pies, de apariencia muy delicada para quien recorre tan duros caminos, se elevaban juntos durante unos momentos y volvían a bajar mientras subía la colina.

Iba encapuchado con un manto de un color impreciso, entre verdoso y gris. No llevaba barba y sus mejillas eran de un color fresco como las de un niño.

Empezaron a aparecer las primeras casas de la ciudad de Asís. No había un alma. Las tapaventanas de madera estaban cerradas por el bochorno del verano mientras la gente se refugiaba del calor.

El peregrino llegó hasta la plaza mayor. Detrás de las torres de la iglesia, el monte Subasio sobresalía regio y alto coronando aquella región de Umbría, en Italia.

Suspiró. En sus ojos, de un azul transparente, se reflejó esa mirada de determinación de quien sabe exactamente a dónde se dirige y por qué razón. Entonces, aceleró el paso

hasta llegar a una casa grande, construida con piedra, donde se notaba que habitaba gente adinerada.

El viento salió de la nada y las campanas de la iglesia repicaron solas. Más tarde acusaron al sacristán de tocar a deshora, pero él juró que en ese momento dormía la siesta.

Por una de las ventanas del segundo piso sonó el lloriqueo de una criatura recién nacida. El peregrino sonrió y asintió con la cabeza. Había llegado puntualmente.

10 Tocó el pesado aldabón de la gruesa puerta de madera para anunciarse. Pasó el tiempo, hasta que por fin apareció una sirvienta. Al ver al peregrino frunció la frente.

—No es buen momento para que pidas ser atendido. Si quieres agua o comida, tendrás que esperar —dijo molesta, y añadió—: Mi patrona acaba de dar a luz. Y estamos en eso. No fue un parto fácil y el patrón no se encuentra. Está de viaje.

El peregrino sonrió sin molestarse.

—Pues dile a tu patrona que quiero ver al niño. Mejor dicho... que he venido a conocerlo.

—¿Niño? ¿Cómo sabes que es un varón? —repuso la sirvienta con curiosidad, notando por primera vez que aquel peregrino parecía algo extraño, diferente a los peregrinos que ella había visto antes.

Él volvió a sonreír. Extendió un dedo y rozó apenas el hombro de la muchacha. Ella sintió la mano como una pluma suave y leve.

—Ve. Entra y dile que sé que lo llamarán Giovanni.

La sirvienta, que justamente había escuchado de labios de su patrona, *donna Pica*, que ese era el nombre que había

escogido para aquel bebé, abrió la boca, sacó los ojos como platos y sin más ni más dejó pasar al peregrino.

Era el año del Señor de 1182.¹



¹ Algunos estudiosos opinan que pudo haber sido en 1181.

Donna Pica

13

Donna Pica Bourlemont, o *donna Pica*, era una mujer de carácter dulce y armonioso, suave, alegre y con un gran sentido del humor, a quien le gustaba tanto orar con fervor como cantar y hacer poesía. Venía de una familia de alcurnia de la Provenza, una región de Francia que limita con Italia.

Posiblemente, fue debido a su personalidad fácil y sin complicaciones que aceptó ver a aquel peregrino, quien, según su sirvienta, hasta sabía el nombre que ella había decidido dar a su hijo.

—Alabado sea Jesucristo, *donna Pica* —saludó él con una profunda venia.

—Alabado sea hoy y siempre, por los siglos de los siglos, amén —contestó ella sosteniendo al recién nacido en brazos.

El bebé estaba envuelto en una hermosísima cobija blanca de seda con bordes de encaje. Ella, coqueta, se había cambiado de camisón y había peinado sus largos cabellos castaños en dos moños de trenzas recogidos a cada lado de la cabeza.

—Pietro no está. Quiero decir, mi marido, el señor Bernardone, se encuentra en un viaje de negocios en la ciudad

de Montpellier.² Es comerciante, ¿sabe?, y hace largos viajes a países distantes para comprar las más finas y diversas telas...

Donna Pica se detuvo. No sabía qué la impulsaba a conversar así con aquel desconocido, ¡que además era un simple peregrino! Él asintió con la cabeza, como si todo aquello no le fuera desconocido. Y, acercándose al lecho, extendió sus brazos hacia el bebé.

—¿Puedo cargar a Giovanni? —pidió sonriente.

14

Donna Pica nunca pudo explicarse cómo fue posible que ella, sin titubear, entregara a su hijito recién nacido a un extraño. Pero lo hizo, y además con mucho gusto, con un placer especial, como si fuera algo muy hermoso que aquel peregrino lo tuviera en brazos.

—¿Cómo supiste que se llamará Giovanni? —preguntó *donna Pica*, tuteándolo de repente.

—Sé que así lo bautizarán, pero no lo llamarán por ese nombre —contestó el peregrino abrazando con ternura al pequeñito.

—¿Y entonces cómo lo llamaremos?

—Francesco.³

—¡Pero ese no es un nombre cristiano! ¡Significa “pequeño francés”!

—Y más tarde, a futuro, la gente le dirá *il Poverello*.⁴

—¡Cómo! ¡No! ¡Eso no es posible! Nosotros somos una familia muy adinerada —protestó *donna Pica* levantando la barbilla.

² Actualmente, Francia.

³ Francisco. Se pronuncia “Franchesco” en italiano.

⁴ “El Pobrecillo”, en italiano.

El peregrino meció al bebé en sus brazos sin dejar de mirarlo y tarareó dulcemente:

*Serás hermano de todo:
animales, plantas y flores,
de la luna, del sol y del lobo.*

Donna Pica meneó la cabeza complacida y se alzó de hombros. ¡Vaya personaje tan extraño! No sabía qué pensar de todo aquello.

—Francesco —repitió bajito.

Bueno, quizás fuera verdad, pero en el bautizo tendrían que llamarlo Giovanni, que sí era un nombre cristiano, y además el de su abuelo paterno. Sin embargo, ¡lo de *poverello* ni siquiera tendría una pequeña posibilidad!

Entonces, el peregrino observó al niño con inmenso cariño:

—¡A esta criatura le espera un gran destino! Dios la ha enviado para que recuerde a la humanidad lo que significa amar, y para que traiga la paz que tanta falta hace en el mundo en este momento.

—¿Cómo lo sabes? ¡Es maravilloso lo que has dicho! ¡Es, es... extraordinario! ¿Quién eres? —preguntó *donna Pica* cerrando los ojos, demasiado emocionada para continuar.

—Soy un mensajero, soy...

La voz del peregrino se fue apagando. *Donna Pica* pudo jurar que lo escuchó decir algo muy parecido a “Gabriel”. Cuando volvió a abrir los párpados, el bebé estaba otra vez a su lado.

El peregrino se había marchado.

Y nunca más lo volvieron a ver por aquellos lugares.

El señor Bernardone

El señor Pietro Bernardone pertenecía a la clase más distinguida de comerciantes del ducado de Spoleto. Vivía en Asís y era vendedor de telas. Esto lo llevaba a lugares y países exquisitos, lejanos, en aventuras que se convertían en altas sumas de dinero al volver a su ciudad. En sus cargamentos traía desde pesadas sedas con los más intrincados y bellos diseños hasta otras tan ligeras que varios metros se plegaban en un puño.

17

Sin embargo, a más de la importancia comercial, con cada viaje el señor Bernardone se sentía más y más un caballero andante. Esto era importante. En aquella época de la Edad Media, los nobles, por necesidad, empezaban a mirar sin tanto desdén a los comerciantes, quienes, obviamente, no tenían ningún título nobiliario. Por lo tanto, dar la impresión de ser un caballero le daba una notoriedad muy especial que el dinero no podía conseguir. A esto se sumaba su impecable reputación entre los vecinos con quienes comerciaba; entre su otra clientela, compuesta por príncipes, poderosos señores y sus esposas; y entre las monjas de los conventos donde confeccionaban las casullas para cardenales y